EL ENCUBIERTO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

Teatro Principal de Valencia.—27 de Mayo de 1876.

SEGUNDA EDICION.

VALENCIA
Imprenta de El Mercantil, Quevedo, 17
1876

EL ENCUBIERTO.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/elencubierto00choc

[20]

EL ENCUBIERTO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

Teatro Principal de Valencia.—27 de Mayo de 1876.

SEGUNDA EDICION.

VALENCIA
Imprenta de El Mercantil, Quevedo, 17,
1877

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de don EDUARDO HIDALGO, son los esclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR

D. ANTONINO CHOCOMELI GARCIA

Y

DOÑA ROSA CODINA DE CHOCOMELI

dedica esta su primera produccion dramática, como prueba de entrañable afecto,

su hijo

Antonino.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
Adelfa, esclava.	Srta. Boldun.
Doña Sol.	» Abril.
El Encubierto.	Sres. Cepillo.
Garcés, su escudero.	» Valentin.
El Conde de Mélito.	» Oltra (1).
Don Diego de Mendoza, su hijo.	» Luna.
Tordera } jefes de los agermanados...	» Torres.
Espada } jefes de los agermanados...	» Cruz.
Alvar, soldado.	» Troyano (D. F.)
Martin Ponce.	» Diaz.
Un soldado.	» Troyano (D. J.)
Centinela 1.º	» N. N.
Centinela 2.º	» N. N.

Un Posadero, una Dueña, dos Damas, Criados del Encubierto, Gremios, Soldados aventureros, Gentes del Pueblo, Jefes de las Germanías, Rondas del Campamento.

Epoca: 1522.

(1) Este distinguido artista representó un papel secundario por favor especial al autor.

ACTO PRIMERO.

La escena representa uno de los arrabales de Játiva. En primer término, á la derecha del actor, un grupo de árboles y un banco rústico: á la izquierda una posada. En segundo término un paredon arruinado cubierto de yedra. Algunas mesas con botellas, vasos, cubiletes de dados, etc. En el fondo, las murallas de la ciudad.

ESCENA I.

TORDERA *y* ESPADA *sentados junto á una de las mesas. El posadero les sirve un vaso de vino, deja el jarro sobre la mesa y se retira.*

TORD. Aquí vivo retirado.
Mas ya estamos solos; cuenta,
Dí: ¿qué sucede?
ESP. ¿Y lo ignoras
todavía?
TORD. ¡Buena es esa!
¿No vés que te lo pregunto?
ESP. ¿No sabes la nueva ofensa
de los nobles?
TORD. No sé nada.
ESP. Anoche, junto á la puerta
del palacio de los Borjas,
otro muerto!
TORD. ¡Mil centellas! (Levantándose.)
¿Y quién fué?
ESP. Un agermanado
fugitivo de Valencia.
TORD. ¿No hay justicia?
ESP. No; la espada

de la justicia se quiebra
contra el escudo y el oro
de los nobles. ¡Oh! ¡si fuera
un plebeyo!...

TORD. ¡Es horrible
lo que pasa!

ESP. ¡Es una afrenta
el sufrirlo!

TORD. ¡Vive Dios
que si los nobles se empeñan
en tratarnos como reses,
puede costarles la fiesta
muy cara!

ESP. La Germanía
ha sucumbido en Valencia
á manos de los traidores,
y hoy á mansalva se ceban
en los villanos. ¡Los fueros
se rasgan y pisotean,
y detrás de cada esquina
sus venganzas nos acechan!

TORD. Mas pudiera suceder
que pronto se arrepintieran,
si en su tumba, nuevo Lázaro,
alza el pueblo la cabeza.

ESP. Dicen que ya el de Zenete
con sus mesnadas se acerca
á Játiva, con intento
de vejarla y de ponerla
bajo el yugo del Virey.

TORD. ¿Qué dices? ¡No lo consienta
el cielo!

ESP. ¡No por mi vida!
¿Mas cómo impedirlo?

TORD. Es fuerza
que convoquemos los gremios.

ESP. La ciudad anda revuelta.
Nos falta un jefe.

TORD. Es verdad,
andan ocultos...

ESP. Si suena
el grito de Germanía,
ellos vendrán.

TORD. Con certeza.
Yo sé de alguno...

ESP. ¿Quién es?

TORD. Que con la mayor reserva...

ESP. ¿Nos ayudará?

TORD. De fijo.
ESP. ¿Tienes confianza?
TORD. ¡Inmensa!
ESP. Dime su nombre.
TORD. Su nombre
basta con que yo lo sepa.
ESP. ¿Y dónde encontrarle?
TORD. En Játiva.
ESP. ¿Sí? ¿Qué dices?
TORD. Ayer, era
ya oscurecido, ví entrar
muy cerradas dos literas
en ese albergue. Yo soy
muy curioso, y no me pesa:
me interesó aquel misterio,
y quise verles de cerca.
Conocí al fin á su paje,
ó su escudero...
ESP. Y sospechas
por esto...
TORD. No es que sospecho,
sino que tengo certeza
de que quien vino á esa casa
nos llevará á la pelea.
ESP. Entonces, jefe tenemos;
demos el grito de guerra.
TORD. Veré los gremios.
ESP. Yo voy
por los mios.
TORD. Aquí sea
la cita.
ESP. No faltaré.
TORD. Ya nuestra hora se acerca!
Id con Dios, Francisco Espada.
ESP. Id con Dios, bravo Tordera.
(Vánse por diferentes lados.)

ESCENA II.

Salen el CONDE DE MÉLITO *y su hijo* DON DIEGO DE MENDOZA, *por la derecha.*

DIEG. ¿Observasteis la canalla?...
Nos vé pasar con tal ceño...
COND. El perro que teme al dueño,
le mira mal, pero calla.
DIEG. No fieis en su temor.

COND. Andan bien escarmentados.
DIEG. Ved que los agermanados...
COND. Yertos están de terror.
DIEG. Permitid que os contradiga,
padre y señor, pues la hoguera
no está apagada, y pudiera
suceder...
COND. ¡Dios les maldiga!
¡Harto hemos luchado ya!
Ganada está la partida.
DIEG. Pues no la dan por perdida.
COND. Eso luego se verá.
Deja que llegue el marqués
de Zenete, y hablaremos.
DIEG. Sí; pero entretanto estemos
alerta. Arriesgado es
el permanecer aquí.
Os aborrece esa grey
por hermano del Virey
y por noble, ¿no es así?
COND. Cierto; pero mi presencia...
DIEG. Doña Sol está intranquila
tambien.
COND. ¿Conque mi pupila
quiere marchar á Valencia?
Lo comprendo; es natural
vuestra impaciencia en partir,
pues que allí os habeis de unir
en lazo matrimonial.
Achaque de enamorado
es esa prisa, buen Diego.
Pero díme, ¿al fin tu fuego
á doña Sol ha ablandado?
DIEG. ¡Oh, no! cada vez está
mas triste y mas inhumana.
COND. Pues la hija de mi hermana
juro que se casará
contigo!
DIEG. Gracias, señor;
en vuestro afecto confío.
COND. Pierde cuidado, hijo mio;
si un Mendoza, por su honor
promete, es cosa cumplida:
tuya será por mi fé.
DIEG. Y con ello os deberé
dos veces, señor, la vida. (Váuse izquierda.)

ESCENA III.

GARCÉS *y* ADELFA, *saliendo de la posada.*

ADEL. Basta ya; en vano te esfuerzas;
en vano luchas, Garcés;
tú no sabes lo que vale
el alma de una mujer.
GARC. ¿Te es imposible olvidarlo?
ADEL. Tan imposible me es,
que si tuviera cien vidas,
volviera á amarle otras cien.
Mi amor es como la lluvia
que para templar la sed
de la arena del desierto,
suele del cielo caer.
Con una lluvia de lágrimas
mi corazon le entregué;
agua que cae en la arena,
¿quién la puede recojer?
GARC. Con el fuego de los celos,
se evaporará tal vez.
ADEL. ¡Nunca!
GARC. Mi amor...
ADEL. No es amor;
es el liviano placer
de los sentidos.
GARC. ¡Te engañas!
ADEL. No; te conozco muy bien.
Mas allí viene mi dueño;
solo te dejo con él.
Si quieres que las mujeres
te amen, aprende, Garcés.
(Sale un momento de la escena, y vuelve llevando en su falda algunas yerbas que deposita sobre el banco.)

ESCENA IV.

GARCÉS.

¡Tanto amor, tantos desvelos
y afanes, perdidos son!...
¡Bien muerde en mi corazon
la víbora de los celos!
Guárdete el cielo de mí
si en su desprecio se aferra,

que ha de darte mucha guerra
el ódio que siento aquí!
(Golpeándose el corazon y mirando hácia la posada, por donde sale el Encubierto.)

ESCENA V.

EL ENCUBIERTO, GARCÉS, ADELFA.

GARC. Os aguardaba, señor. (Inclinándose.)
ENCUB. ¿Qué noticias?
GARC. Las mejores.
Los tercios batalladores
se organizan con ardor.
Con el toque de bocinas,
y los pendones al viento,
responden al llamamiento
las poblaciones vecinas.
Han llegado tres legiones,
y en espesos remolinos
avanzan por los caminos
los ginetes y peones.
Los moriscos, como hermanos,
se aprestan á la pelea,
pues una misma es la idea
de moriscos y cristianos.
El pueblo se compromete
á librar una batalla,
antes de que á la muralla
llegue el marqués de Zenete.
ENCUB. (¡Cuando la voz del deber
se ahogue un dia en el cieno,
llamad al pueblo; en su seno
la voz sabrá responder!)
GARC. ¿Qué ordenais?
ENCUB. Vete, Garcés,
por la ciudad. Oye, inquiere,
y de cuanto allí ocurriere
vén y avísame despues. (Váse Garcés izquierda.)

ESCENA VI.

EL ENCUBIERTO, ADELFA.

ENCUB. ¿Qué haces? (Aproximándose á Adelfa.)
ADEL. Estudio, señor,
las plantas medicinales.
ENCUB. Tú que sabes su valor,

hazme un filtro embriagador
para adormecer mis males.

ADEL. ¿Estais enfermo? (Con inquietud, levantándose.)

ENCUB. Cansado
de luchar y de vivir
eternamente asediado
por recuerdos del pasado
y sueños del porvenir.

ADEL. ¿Qué motiva esa tristeza?
¿Acaso abrigais temores?...

ENCUB. No: el pueblo de nuevo empieza
la lid, y su fortaleza
presagia dias mejores.

ADEL. Entonces, recuerdos son.

ENCUB. ¿Son recuerdos?... No lo sé,
ni puedo darme razon...
Siento aquí en el corazon
un presagio, un no sé qué...
y algo que zumba en mi oido
como una nota olvidada,
voz de un sér que se ha querido,
canto que no se ha perdido
en las sombras de la nada;
hilo de oro que me guía,
y claro rayo de luna
que me alumbra y estasía
por la solitaria via
que empieza al pié de mi cuna.
Este es el mal que yo siento:
dí si conoces mi mal.

ADEL. Es castigo y es tormento
del humano pensamiento
cuando aspira al ideal.
Mas yo alejo esas quimeras
cantando.

ENCUB. En vano te afanas:
no basta que tú lo quieras.

ADEL. Yo he adormecido á las fieras
en las selvas africanas.

(Con seguridad, y ligeramente ofendida por la desconfianza del Encubierto. Este, despues de una corta pausa, se sienta y dice como entregado á sus recuerdos.)

ENCUB. ¡Víctima soy de la suerte!
Murió mi padre, y herida
por golpe tan rudo y fuerte,
mi madre, al darme la vida,
cayó en brazos de la muerte!
Niño y huérfano, heredero

de una corona real,
fuí por los nobles y el clero
confiado á un consejero,
á un ilustre cardenal.
Mas cuando en un corazon
el viento empuja y desplega
las velas de la ambicion,
el alma cobarde llega
siempre, siempre, á la traicion!
El cardenal, ambicioso,
me hizo por muerto pasar;
á un monarca poderoso
vendió el Reino, y cauteloso
tal vez, no me hizo matar.
De su poder inseguro,
quiso tenerme en rehenes
bien cubierto y bien seguro;
¡tanto trabaja un perjuro
para afianzar sus bienes!... (Lijera pausa.)
Junto al mar, en Gibraltar,
pasé mi niñez á solas:
¡cómo me hacia soñar
el ver correr á las olas,
esos corceles del mar!
A la voz de las tormentas,
se encrespaban violentas
bajo sus húmedas crines...
¡cuántas veces turbulentas
me hablaban de otros confines!
¡Y cuántas veces, pensando
en mi enemiga fortuna,
me he sorprendido llorando
ante el mar quieto, y rielando
á los rayos de la luna! (Lijera pausa.)
La mujer que me servia
de madre, me llamó un dia...
¡grabado está en mi memoria!
y en su lecho de agonía.
me contó mi triste historia.
Desde aquel terrible instante
á mi destino sujeto,
ando soñador y errante
por el mundo, nuevo Atlante
bajo el peso de un secreto.
Al estudio decidido
me lancé; mas la esperiencia
dejó mi esfuerzo rendido:
¡aun hay fruto prohibido

en el árbol de la ciencia!
Presa de un inquieto afan,
recorrí tierras lejanas,
y aun ignoro dónde van
tantas grandezas humanas
y tantos pobres sin pan!
Mirando hácia el porvenir,
no me canso de luchar,
Adelfa, y puedo decir
que he aprendido á perdonar
al aprender á sufrir. (Levantándose, y con enerjía.)
Oscuro y desconocido
por largo tiempo he vivido;
mas te juro por quien soy,
que yo saldré del olvido
en que sepultado estoy!

ADEL. Mi señor, mi noble dueño,
templad el adusto ceño,
desterrad vuestros pesares,
venid, que en dulce beleño,
os aduerman mis cantares.
Tras la noche, viene el dia:
si vuestra frente oscurecen
nubes de melancolía,
vereis cuál se desvanecen
al sol de mi fantasía.

(Durante los últimos versos se habrán ido aproximando á la casa, donde penetran.)

ESCENA VII.

TORDERA *por la izquierda*; *luego* GARCÉS.

TORD. ¡Bien vá! Tras tantos azares,
llega el dichoso momento
que esperan con impaciencia
los buenos hijos del pueblo.
Como se encrespan las olas
con el soplo de los vientos,
á la voz de libertad
se levantan todos ellos.
Si bajan como el torrente (Reflexivo.)
irán demasiado lejos.
Alguien se acerca... ¡Garcés!
Pongamos el dique á tiempo.
(Garcés sale por la izquierda y se dirige á la casa.)
Garcés!

GARC. ¿Quién me llama? (Volviéndose.)
TORD. Yo,
Tordera.
GARC. Guárdete el cielo.
¿Qué te trae?
TORD. Un grave asunto.
GARC. ¿Para mí?
TORD. Para tu dueño.
GARC. ¿Se puede saber?..
TORD. Se trata...
GARC. Dílo.
TORD. De salvar un pueblo.
GARC. Y le buscas...
TORD. Para jefe:
sí, Garcés.
GARC. No te comprendo.
Tú tienes partido.
TORD. Sí.
GARC. Gran influencia en los gremios.
TORD. Tambien.
GARC. ¿Pues por qué no aspiras
á ocupar el primer puesto,
en vez de ofrecerle á otro?
¿Por qué, dí?
TORD. Porque no debo.
GARC. Poca confianza tienes
en tus fuerzas.
TORD. Yo comprendo
que aquí puedo ser el brazo,
pero nunca el pensamiento.
GARC. ¿Renuncias al mando?
TORD. Sí.
GARC. Mas tu ambicion...
TORD. No la tengo.
GARC. Si yo estuviera en tu caso...
TORD. ¿Qué harias?
GARC. Tenlo por cierto;
ponerme al frente, y llegar
donde me llevase el viento.
Cansado estoy, por mi vida,
de ser paje y escudero,
y segun lo que ambiciono
me parece el mundo estrecho.
Si hoy aspirase á mandar,
en vez de ceder mi puesto
á otro, me serviria
como escabel de su cuerpo.
TORD. Siempre llega al precipicio

aquel que corre sin freno.
GARC. Antes del bien que se espera,
se vé siempre un mal incierto.
TORD. El valor mal dirijido,
suele al fin volverse ciego.
GARC. ¡Donde no llega el valor,
puede llegar el despecho!

ESCENA VIII.

TORDERA, GARCÉS, ESPADA, *entrando apresuradamente por la izquierda. Empiezan á oirse rumores y voces cada vez mas distintas.*

ESP. ¡Tordera!
TORD. ¡Espada!
ESP. ¿Qué haceis?
Venid, venid al momento.
Toda la ciudad responde
á las voces de los nuestros.
¿Oís? hácia aquí se acercan.
TORD. Pues no perdamos el tiempo.
Garcés, vé, y de lo que pasa,
avisa al punto á tu dueño. (Garcés entra en la casa.)
ESP. Ya llegan.
TORD. ¡Que sepa el mundo
lo que valen los plebeyos!

ESCENA IX.

TORDERA, ESPADA: ALVAR *y* MARTIN PONCE *al frente de varios grupos de amotinados. Gremios con sus enseñas. Todos se esparcen por la escena formando varios corros, y discuten con animacion y acaloramiento.*

ALV. ¡Abajo los nobles!
MAR. ¡Mueran! (Entrando.)
ALV. ¡Venganza! ¡Vivan los gremios!
MAR. ¡Ellos chupan nuestra sangre!
ALV. ¡Y nos llevan el dinero!
MAR. ¡Y nos roban nuestras hijas!
ALV. ¡Y nos tratan como á perros!
ESP. ¡Necesitamos un jefe!
ALV. } MAR. } Sélo tú!
ESP. No; yo no puedo.
Yo soy un rudo soldado,

y manejo mas á tiempo
mi tizona en la batalla
que la lengua en el consejo.
Que sea Tordera.

TORD. No:
yo tengo que proponeros
uno mejor.

MAR. Que lo nombre.

TORD. Si él nos ayuda, vencemos.
El Encubierto está en Játiva!
(Movimiento de asombro y alegría.)

TODOS. ¡Sí, sí! ¡Viva el Encubierto!

MAR. ¿Dónde hallarle?

TORD. Allí. (Indicando la casa.)

MAR. Seguidme. (A un grupo.)
Vamos por él; vamos presto.
(Entra en la casa seguido de algunos.)

TORD. Es el padre de los pobres.

ESP. Es el amigo del pueblo.

ALV. ¿Y es cierto que ha combatido
por la Germanía? (Con duda.)

ESP. Es cierto:
yo le he visto muchas veces.

ALV. Dicen que viene de lejos.

ESP. Y nadie sabe su nombre.

ALV. Dicen que es un rey...

TORD. ¡Ah; vedlo!
Aquí teneis al caudillo.

TODOS. ¡Que viva el rey Encubierto!

(Aparece este á la puerta del albergue llevado en triunfo por los plebeyos. Los gremios agrupan junto á él sus estandartes.)

ESCENA X.

Dichos. EL ENCUBIERTO.

ENCUB. ¿Qué me quereis, amigos? ¿Qué sucede?
¿Qué peligro os conduce hasta mi puerta?
El afecto que os tengo tanto puede,
que la del corazon os dejo abierta.
Decid.

TORD. Señor, los nobles nos oprimen!

ESP. Nuestros males aumentan cada dia!

TORD. Nuestros hermanos, entre hierros gimen!

ALV. ¡Queremos Germanía!

TODOS. ¡Germanía!

TORD. Cada noche, el puñal de su venganza,
hiere certero el corazon de alguno!

ALV. ¿No vale más romper lanza con lanza,
que caer á sus piés uno por uno?
TORD. Huellan los fueros: al placer se entregan,
y no hay paz ni en las mismas sepulturas!
ESP. Sus horcas, bajo el peso se doblegan!
TORD. Nuestras hijas, señor, no están seguras!
ENCUB. ¡Tierra! ¿no te avergüenzas de tus hijos?
¡Sea, pues! La medida está colmada!
Justicia; en tí mis ojos están fijos!
Vuestro es mi corazon; vuestra mi espada! (Al pueblo.)
MAR. ¡Viva el rey Encubierto!
TODOS. ¡Viva! ¡viva!
ENCUB. Guardad, amigos mios, los clamores
para la patria, cuando pueda altiva
contemplar á sus piés sus opresores.
Cuando la voz febril de la pelea
os convoque en el campo de batalla,
invocadla tambien, y que ella sea
escudo á vuestros pechos y muralla.
Mas hoy, cuando en señal de pena y luto,
vela hasta el sol su faz entristecido,
permaneced callados, en tributo
á los muertos que están en el olvido!
(Ligera pausa, y prosigue con tono inspirado.)
Un dia llegará en que bajo el cielo
el corazon de todos los humanos
recibirá la luz, y sobre el suelo,
una familia formarán de hermanos.
De unos lábios divinos desprendida,
la semilla inmortal está sembrada,
y esperando la hora bendecida,
vá por los cuatro vientos arrastrada.
Nosotros, por la mano del destino,
nuestra mision cumplimos en la tierra;
él nos manda seguir nuestro camino,
y nos arroja en brazos de la guerra.
Pelear como buenos hoy nos toca,
y así al vencer ó sucumbir mañana,
un aplauso hallareis en cada boca,
que es la justicia de la gloria hermana!
ESP. ¡Sí; nuestra causa es justa!
TORD. Nos oprimen!
Nos fuerzan á luchar!
ENCUB. Pues bien; luchemos!
Hay faltas que con sangre se redimen.
¿Es preciso? Pues bien; no vacilemos!
El leñador á veces inhumano,
un brazo corta del robusto pino

para que crezca, y crezca mas lozano.
Y pues los nobles sin temor, sin tino,
desterrando la paz y la esperanza,
nos provocan á lucha fratricida;
pues los muertos tambien claman venganza
por la boca sangrienta de su herida;
á la piedad cerrando los oidos,
demos el grito que al cobarde aterra;
que repitan los ecos conmovidos,
¡Aragon! ¡Libertad! ¡Venganza y guerra!

TODOS. ¡Aragon! ¡Libertad!

D.ª SOL. ¡Socorro! ¡Cielos! (Dentro.)

ENCUB. ¿Qué voz es esa que el clamor domina?
La creí de mujer...

GARC. Vuestros recelos
(Mirando hácia la izquierda.)
son fundados, señor, y se encamina
á este lugar. Algunos que la siguen,
la obligan á bajar de su litera.

ENCUB. Vé y préndeles, Garcés. ¡Los que persiguen
á una mujer, son hijos de una fiera!

(Sale Garcés, y entra al momento seguido de Doña Sol, con el velo levantado y espresando un vivo terror. Una dueña la acompaña. Los agermanados se esparcen por la escena hácia el segundo término. Algunos se sientan en las mesas y juegan ó beben: otros forman grupos ó se pasean.)

ESCENA XI.

Dichos. DOÑA SOL *y la* DUEÑA, *seguidas por varios soldados.*

D.ª SOL. ¡Amparadme! (Echándose á los piés del Encubierto.)

ENCUB. ¡Alzad, señora! (Mirándola.)
(¿Qué siento dentro de mí?)

UN SOLD. ¡Es noble!

ENCUB. ¡Necio! ¡En mal hora
les acusas, cuando ahora
su ejemplo sigues aquí!
¡Quien se acoja á mi bandera,
se ha de portar como bueno,
vive Dios! ¡De esta manera,
suba el honrado á mi esfera,
y el cieno que vuelva al cieno!
¡Idos; llevad mi perdon;
pero por última vez!
¡A la segunda ocasion,
os hago colgar, pardiez,
del mas alto torreon! (Retíranse los soldados.)
Por feliz tendré este dia,

si en algo os puedo servir.

(Dirigiéndose hácia Doña Sol y la dueña, que se han refugiado junto al banco.)

D.ª SOL. Tan noble cortesanía
agradezco. Yo debia
hoy de la ciudad salir
con mis deudos; pero viendo
que el motin iba creciendo,
para alejar las sospechas
nos separamos, y huyendo
por las calles mas estrechas
de este arrabal, vine á dar
con la turba de soldados
que acabais de dispersar:
por diferente lugar,
mis parientes y criados
salieron: cerca de aquí
me esperan.

ENCUB. Pues siendo así,
si aceptais mi compañía,
os conduciré hasta allí.

D.ª SOL. ¡Oh, qué fortuna la mia! (Con agradecimiento.)
Grato el recuerdo será,
que de vos me llevaré.

ENCUB. Más grato le guardaré,
señora, y temo que ya
nunca á veros volveré.

D.ª SOL. Si nos reunió el azar,
él puede hacer que en la tierra
nos volvamos á encontrar.

ENCUB. Nunca se debe fiar
en el azar de la guerra.

D.ª SOL. Agradecida os estoy;
y siendo enemigos hoy,
creo cumplir como es ley,
diciéndoos que yo soy
la sobrina del Virey.

ENCUB. ¿Sois Mendoza? (Con sorpresa.)

D.ª SOL. Sí.

ENCUB. (¡Ah! ¡Sueño! (Vivamente.)
¡Delirio! ¡Alucinacion!)

D.ª SOL. ¿Qué teneis?

ENCUB. ¡Con loco empeño
(Agitado y oprimiéndose el corazon.)
quiere hablaros! ¿Quién es dueño
de acallar el corazon?

D.ª SOL. ¿Qué decís?

ENCUB. De estravagancia (Conteniéndose.)

no tacheis mis arrebatos.
¿Recordais en vuestra infancia, (Con emocion.)
un palacio... y una estancia
con retratos?

D.ª SOL. ¿Con retratos? (Recordando.)
¡El palacio de mi tio!

ENCUB. ¡Un Mendoza!

D.ª SOL. ¡El cardenal!

ENCUB. ¡Sí!... En un ángulo sombrío,
se vé pintada... (Mirándola fijamente.)

D.ª SOL. ¡Dios mio! (Con sorpresa.)

ENCUB. Una belleza ideal.

D.ª SOL. ¡Mi madre!

ENCUB. ¡Luego sois vos!
(Con arranque, y contendiéndose luego.)
(¡Corazon, vamos despacio!)
Una tarde habia dos
niños...

D.ª SOL. ¡Ah; seguid por Dios! (Con interés.)

ENCUB. En el jardin del palacio.
La niña cojia flores;
pero el niño, mas inquieto,
encendidos los colores,
buscaba sobre un abeto
un nido de ruiseñores.
Por el árbol se encarama;
alegre á la niña llama;
arroja en su falda el nido,
dá un grito, cruje la rama,
se cae, y pierde el sentido.

D.ª SOL. Yo, por volverle me afano
(Le interrumpe, y sigue con viveza.)
la vida. Brota un raudal
de sangre... ¡le abrazo en vano!
Tenia herida una mano...

ENCUB. ¡Y apenas queda señal! (Mostrándola.)

D.ª SOL. ¡Ah; vos!.. (Con turbacion y sorpresa.)

ENCUB. No os turbeis así.

D.ª SOL. ¿Pero es posible? ¿Sois vos?

ENCUB. Yo, que bien pronto os perdí,
y os hallo de nuevo aquí,
para deciros adios.
La estrella de mi destino,
desde hoy lucirá mas bella,
porque os hallé en mi camino.

D.ª SOL. ¡Y yo tal vez adivino (Con emocion.)
á dónde os guia esa estrella!

ENCUB. Si os habeis interesado

por mí, lograré mi anhelo;
pues desde que os he encontrado,
me parece que he llegado
á ver las puertas del cielo!

ESCENA XII.

Dichos: el CONDE DE MÉLITO *y su hijo, por segundo término izquierda.*

DIEG. ¡Mal hicimos en dejarla
(Con despecho, sin ver á Doña Sol y al Encubierto.)
para asegurar la huida!
COND. Aquí hay jente reunida.
DIEG. ¡Vive Dios, que he de vengarla!
COND. Prudencia.
(Dirijiéndose á una de las mesas donde juegan Alvar y Martin Ponce.)
Decid, soldado,
(Tocando á Alvar en el hombro.)
¿visteis á una dama?..
ALV. ¡No! (Sin volverse.)
COND. En una litera...
ALV. Yo (Mirándole.)
no sirvo para criado;
conque así, ya estais corriente. (Le vuelve la espalda.)
COND. Es un favor que os pedia. (Conteniéndose.)
ALV. Si me hablais con cortesía,
(Dejando el juego, y levantándose.)
ya es otra cosa.
DIEG. ¡Insolente!
¡Dejad que yo le corrija! (Al Conde.)
COND. ¡Diego!
ALV. ¿A mí? (Echando mano á la espada.)
MAR. ¿Vá de querella? (Levantándose.)
D.ª SOL. ¡Señor!..
(Se vuelve á estos gritos, y se dirije hácia el Conde.)
DIEG. ¡Vedla! (Al Conde.)
COND. Doy por ella
(Al Encubierto con altivez.)
cuanto rescate se exija!
ENCUB. Teneos, no me insulteis,
y ved el sitio en que estais.
DIEG. ¿Por qué nos la arrebatais?
COND. ¿Y por qué la reteneis?
D.ª SOL. Vida y honor me ha salvado,
amparo dióme y abrigo,
pongo al cielo por testigo
de que es noble y es honrado.

Mis parientes y señores,
no os quisiera recordar,
que no se deben pagar
con agravios los favores.

DIEG. Siendo así...

COND. Soy del Virey
(Aproximándose al Encubierto.)
hermano: deuda adquirida
la pago. De agradecida
blasonó siempre mi grey.

ENCUB. Vuestra proteccion rehuso. (Con altivez.)

COND. Un dia os puede pesar.

ENCUB. Y la vuelvo á rehusar.

COND. (¡La terquedad del iluso!)

ENCUB. ¿Habeis tenido otro hermano... (Aparte al Conde.)

COND. ¡Que pasó á vida mejor!

ENCUB. Lo sé. Pues de ese, un favor
admitiera. (Con ironía.)

COND. ¿Está en mi mano?

ENCUB. ¡Sí!

COND. ¡Pues de ello se alboroza
mi afan!

ENCUB. Es... un manuscrito...

COND. ¡Ah! (Sorprendido.)

ENCUB. Sí; de puño y letra escrito
por el cardenal Mendoza.

COND. ¡No os entiendo! (Contraido.)

ENCUB. ¿Qué os ajita? (Con ironía.)

COND. ¡No os entiendo! (Turbado.)

ENCUB. Lo colijo.

COND. ¿Y de qué habla en él? (Rehaciéndose.)

ENCUB. ¡De un hijo
(Mirándole con fijeza.)
de la infanta Margarita!

COND. ¡Ah!... (Con un grito.)

ENCUB. ¿Me comprendeis ahora?

COND. ¿Quién sois?

ENCUB. ¡Inútil porfía!
¡Ya lo sabreis algun dia! (Se dirije hácia Doña Sol.)

COND. (¡El manuscrito!... ¡él ignora
que al huir le guardé aquí! (En el pecho.)
¿Quién sospecharlo pudiera?
Seguro de esta manera,
no he de apartarle de mí!)
(Se queda mirando al Encubierto.)

DIEG. ¿Qué teneis que así tan fija
la mirada habeis clavado
en él?

COND. ¡Calla! ¿Ves?... Le ha dado...
DIEG. ¿Qué?
COND. ¡Le ha dado una sortija!
ENCUB. A quien me entregue esta prenda,
(Aparte á Doña Sol.)
tendré por vuestro emisario.
D.ª SOL. Lo haré así.
ENCUB. Y es necesario
que ningun Mendoza entienda...
(Siguen hablando en voz baja.)
GARC. (El Conde es buen enemigo;
(Que ha estado observando durante toda la escena, se aproxima cautelosamente al Conde.)
harto en su rostro leí:
le ayudaré... y él á mí!)
COND. ¿Qué?
GARC. ¡Podeis contar conmigo! (Misteriosamente.)
DIEG. (¡Terrible mal son los celos!)
COND. (¡Yo lograré mi venganza!)
ENCUB. (Con amor, fé y esperanza, (A Doña Sol.)
Yo sabré escalar los cielos!)
(Se oye fuera una gritería confusa que se vá aproximando por momentos. Los soldados se levantan de las mesas y se aproximan al Encubierto. Otros se encaraman por el muro. Garcés se coloca junto al Encubierto.)
Vé que sucede, Garcés.
(Garcés sube al paredon. El conde y D. Diego echando mano de las espadas.)
COND. ¡Traicion!
DIEG. A vuestros soldados
Les disteis órden...
ENCUB. ¡Menguados!
¿Eso creeis?
GARC. El marqués (Bajando.)
de Zenete se divisa
á lo lejos, y con él
su ejército.
ENCUB. Ese tropel...
GARC. Es gente que á toda prisa
se dispone á la batalla.
Oidles.
VOCES FUERA ¡Muerte, ó victoria!
ENCUB. (¡Sí; tras del amor, la gloria!)
¡Pronto; mi cota de malla!
(A Garcés que entra en la casa.)
Para salir de estos muros (Al Conde y D. Diego.)
yo mismo escolta os daré;
y cuando esta dama esté
libre, y vosotros seguros,

si de mí quejas teneis,
al ódio abriéndole calle
id donde el peligro se halle,
buscadme y me encontrareis!

(Dá la mano á Doña Sol, y salen hácia la izquierda seguidos del Conde, D. Diego, soldados y gente del pueblo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon gótico en el palacio del Encubierto. Puerta al foro con un tapiz recojido. Una ventana con cristales de colores, dando sobre la plaza, á la derecha del actor. A la izquierda una panoplia con armas. Dos puertas laterales, á la izquierda, comunicando la primera con el despacho del Encubierto. A la derecha, en primer término ventana, y en segundo puerta dando al jardin. Una mesa con recado de escribir. Un sitial. Tapices en las puertas. Un divan á la izquierda. Taburetes.

ESCENA I.

TORDERA, GARCÉS, ALVAR, *soldados y jefes de la Germanía.* MARTIN PONCE *saliendo por la primera puerta, izquierda.*

TORD. ¿Tú de vuelta, Martin Ponce?
(Acercándose á él y estrechando su mano. Garcés, Alvar y un grupo de soldados, permanecen á la derecha en primer termino.)
MAR. He llegado esta mañana.
TORD. ¿Has traido gente?
MAR. Y buena.
TORD. ¿Son muchos?
MAR. Cuarenta lanzas.
TORD. ¿Decididos?
MAR. Y valientes:
son de Alcira.
TORD. El nombre basta.
MAR. El Encubierto, en albricias,
de darme su mando acaba.
ALV. Dirás don Enrique Enriquez
de Rivera.
TORD. Así le llaman.
MAR. ¿Ha descubierto su nombre?

TORD. Sí.
MAR. ¿Cuándo?
TORD. Ayer, en la plaza,
al regresar del combate,
congregó á la gente armada
y al pueblo, y nos dijo que este
era su nombre, y su raza
raza de reyes.
MAR. ¿Es cierto? (Con sorpresa.)
TORD. Cierto como el agua es agua.
Fué Margarita de Flandes
su madre, y siendo casada
con el príncipe don Juan,
ya veis, y es cosa bien clara,
que desciende de los Reyes
Católicos.
MAR. Pues me pasma
que haya guardado el secreto
tan largo tiempo.
TORD. Su infancia
se deslizó en el olvido;
que cometieron la infamia
de hacerle pasar por muerto,
y vendieron las Españas
á don Felipe el Hermoso.
MAR. ¡Pues eso clama venganza!
Hay que devolverle el reino!
al pueblo no se le engaña.
ALV. ¿Quién asegura que él dice
la verdad?
TORD. ¿Quién? Su palabra!
ALV. ¡Palabras!... ¡hechos!
TORD. ¡Sus hechos!
ALV. Es poco.
TORD. Si no te bastan,
nunca sabrás distinguir
los vencejos de las águilas.
(Le vuelve la espalda y sigue conversando con los de su grupo.)
ALV. ¿La cuestion no te interesa?
Dí, Garcés, ¿por qué te callas?
Tú debes saber su historia.
GARC. Yo cómo el pan de su casa. (Con reserva.)
ALV. ¿Y eso qué importa? Entre amigos
los secretos bien se guardan.
GARC. Le he conocido en Orán.
ALV. Sigue. (Con curiosidad.)
GARC. Allí se murmuraba (Misteriosamente.)
que era criado de un Bilbas...

y ademas...
ALV. ¡Ten confianza!
GARC. Que era judío...
ALV. ¡Judío!
GARC. Y azotado por estafas. (Marcado.)
¡Pero debe ser mentira! (Con viveza.)
ALV. ¿Vendrá á esplotar nuestra causa?
Si tal fuera!...
(Con aire de amenaza, llevando la mano á la daga.)
GARC. Prometiste
callar!
ALV. ¡Quien promete, paga! (Haciéndose violencia.)
GARC. (Cayó la chispa en la leña:
pronto brotará la llama.)

ESCENA II.

Dichos; ESPADA *por el fondo llevando en la mano un venablo, al que vá atado un pergamino arrollado dentro de una sortija.*

ESP. ¡Salud á los bravos!
MAR. ¡Ola!
TORD. ¡Sea bien venido Espada!
¿Qué hay de nuevo?
ESP. ¿Y don Enrique?
TORD. En ese salon. ¿Qué pasa?
ESP. Estábame yo sentado
en lo alto de la muralla,
á la luz del sol poniente
viendo relumbrar las armas
del campamento enemigo,
cuando, ¡mal rayo le parta
al Iscariote! un venablo
clavóse en tierra á mis plantas.
TORD. ¡Buena punta! (Examinándole.)
ESP. Si me coje...
GARC. ¡Buen venablo! (Aproximándose.)
ESP. ¡Y buena carga!
ALV. ¿Y qué es ello?
ESP. Un pergamino
y una sortija.
ALV. ¡Qué estraña
manera...
TORD. Será un mensaje.
ESP. Pues voy á entregarlo.
TORD. Aguarda.
(Viendo salir al Encubierto.)

ESCENA III.

Dichos. EL ENCUBIERTO.

ESP. Señor, esta baratija
mandó á mis piés un sicario
del ejército contrario.
ENCUB. ¡Mi sortija! (Con sorpresa al cojerlo.)
ALV. (¡Su sortija!)
(Con estrañeza, dirijiéndose al grupo de soldados.)
(¡Nos venden; es cosa cierta!)
ENCUB. Id, y que empiece al momento
la ronda del campamento.
ALV. (Amigos mios, alerta!) (Al grupo. Vánse.)

ESCENA IV.

EL ENCUBIERTO, GARCÉS: *luego* ADELFA *por el foro. Empieza á anochecer.*

ENCUB. «Si sois noble y caballero, (Leyendo.)
»si mi vida os interesa,
»venid: me han tenido presa,
»estoy libre, y os espero.
»Huyendo llegué indecisa
»de un arquero acompañada
»á esta casa arruinada
»que se halla al pié del Vernisa.
»Si me quereis protejer
»sin que padezca mi honor,
»solo, con vuestro valor,
»venid al anochecer.»
¡Esta es la hora! ¡Garcés! (Aparece Adelfa.)
GARC. Señor. (Adelantándose.)
ENCUB. (¡No sé qué presiento!...) (Pensativo.)
GARC. (¿Dudará?) (Receloso.)
ENCUB. Ensilla al momento
mi caballo cordobés.
¿Qué aguardas?
GARC. ¿Iré con vos?
ENCUB. No. (Entra en su habitacion.)
GARC. Bien camina mi empresa.
(Se acerca rápidamente á la mesa, y escribe segun vá diciendo.)
«Gil, corre á campo traviesa,
»y dí ¡que lo quiso Dios!»
(Envuelve una moneda en el papel, corre á la ventana de la plaza, hace una seña, y lo arroja.)

ESCENA V.

GARCÉS. ADELFA, *que le ha estado observando.*

ADEL. (¡Alguna traicion sospecho!
La certeza he de tener
para poderla vencer.)
(Dirijiéndose á él, y asiéndole del brazo.)
¡Garcés!
GARC. ¡Adelfa! (Con sorpresa.)
ADEL. ¿Qué has hecho?
(Enmudecido... turbado...)
GARC. Me creia tan distante
de tí, que al verte, un instante
pensé que habia soñado.
ADEL. ¡Algo tramas!
GARC. ¿Qué imajinas?
Hallábame yo pensando
en mi amor, y contemplando
mi corazon en ruinas.
ADEL. Ese mendigo... (Mirando por la ventana.)
GARC. No sé;
acercóse, murmuraba
pidiendo, me importunaba,
yo le despedí, y se fué.
ADEL. ¡Mientes! ¡En tu rostro leo
lo que en el papel vá escrito!
¿Pruebas? ¡no las necesito,
que tus pensamientos veo!
GARC. ¡Adelfa! ¡Bien se te alcanza
que en mi pecho estremecido,
largo tiempo han combatido
el amor y la venganza!
Si nunca me has de querer
déjame de atormentar,
que á fuerza de tanto amar,
te podria aborrecer!
ADEL. ¡Así comprendo el amor!
¡Así me desgarra el pecho!
¡Así los celos han hecho
que se tornara en furor!
GARC. ¿Sientes ódio y frenesí?
¿Sientes mortales desvelos?
¡Tú sabes lo que son celos!...
¡Ya estoy vengado de tí!
ADEL. Hay otra pena mas ruda;
momentos de ánsias y horror...

GARC. ¿Y qué puede haber peor
que la certeza?
ADEL. ¡La duda!
Muerte despiadada y lenta,
lazo al cuello suspendido,
que si mata al ofendido
causa al inocente afrenta!
GARC. ¿Qué motivo puede haber,
que así te esté atormentando?
ADEL. ¡Anoche dijo soñando
el nombre de una mujer!
GARC. ¡Es tu destino! Amarás,
y no te amarán á tí.
¡Enlaza tu suerte á mí!
¡Dame esperanza!
ADEL. ¡Jamás!
GARC. Está bien; tú lo has querido:
cada cual siga su estrella,
mas que no se queje de ella
si lleva rumbo torcido.
Adios. (Dirijiéndose al foro.)
ADEL. (Si se marcha...) Advierte...
(De descubrir no hallo modo!...)
GARC. Volveré. (Despues de todo, (Marchando.)
ya está sentenciado á muerte.) (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

ADELFA *le sigue con la vista, y luego se dirije á la ventana del jardin.*

¡Oh, noche! ¡Oh, noche callada
que vas tendiendo tu velo!
Tú eres para mi desvelo,
en vez de noche, alborada!
¡Venga el ave enamorada,
y á mis quejas haga coro!
Corre tú, viento sonoro,
donde está aquel por quien muero,
y dile cuánto le quiero;
no, dile cuánto le adoro!

¡Las águilas altaneras,
olvidan su blando nido,
en pos del sol encendido
y el canto de las esferas!
¡El desierto y sus palmeras

llorando quedan mi adios,
que dejé el Africa en pos
del astro de mis amores!
¡Patria! ¡Dios de mis mayores!
¡Él es mi patria y mi Dios!

¡En mi pecho siento arder
todo el fuego de un volcan,
al pensar que mirarán
sus ojos á otra mujèr!
¡Pero no, no puede ser!
¿Quién me roba mi tesoro?
¡Corre tú, viento sonoro,
donde está aquel por quien muero,
y dile cuánto le quiero;
no, dile cuánto le adoro!

ESCENA VII.

ADELFA; EL ENCUBIERTO *por la primera puerta izquierda.*

ENCUB. ¡Adelfa! ¿eres tú?
ADEL. ¡Señor!
ENCUB. ¿Qué buscas?
ADEL. Si os rinde el sueño,
vengo á velar á mi dueño,
centinela del amor.
ENCUB. ¿Qué temes?
ADEL. Auguro males.
ENCUB. Un miedo pueril te agita.
ADEL. ¡No! ¡Cuando el leon dormita
se despiertan los chacales!
ENCUB. ¿Sabes algo?
ADEL. Nada sé.
ENCUB. ¿Quieres prevenirme así?
¿Hay aquí traidores?
ADEL. Sí.
ENCUB. ¿Quiénes son?
ADEL. Yo lo sabré.
ENCUB. ¿Qué oiste?
ADEL. Cierto rumor
que corre en el campamento.
ENCUB. ¿Cuál es?
ADEL. Algun descontento
que os acusa de impostor.
ENCUB. ¡Impostor! ¡Rayo del cielo!
¡Es una afrenta villana!
¡Que la luz de la mañana

me ciegue, y me falte el suelo!

ADEL. ¿Qué importa que álguien intente
negar vuestra condicion?
¡El Genio deja un blason
cuando brilla en una frente!

ENCUB. El Genio, al bajar del carro (Reflexivo.)
en que triunfó su grandeza,
tiene de oro la cabeza
y tiene los piés de barro:
piedra, y calumnia mejor,
le empujarán con empeño!
¡Este es el eterno sueño
de Nabucodonosor!

ADEL. ¡Pero vos no sois así!
Algo tendreis que oponer
que logre desvanecer
esas sospechas.

ENCUB. ¡Oh, sí!
Al morir el cardenal
dió á su hermano un pergamino
en donde indica el destino
del heredero real,
y mis derechos abona.

ADEL. ¿Teneis esa prueba? ¿Dónde
se encuentra?

ENCUB. En poder del Conde.

ADEL. ¡Ah!

ENCUB. Soy un rey sin corona, (Con noble confianza.)
mas yo la sabré ganar.
¡Sé lo que vas á decir:
que el Conde querrá morir
de mejor gana, que dar
á su dueño el pergamino!
Pues bien; decidido estoy,
y yo probaré quién soy
luchando contra el destino!
¡Para la calumnia osada,
opongo solo mis hechos:
yo escribiré mis derechos
con la punta de mi espada!
¡El de honrada condicion,
nunca podrá vacilar,
pues le abrí de par en par
las puertas del corazon!

ADEL. Que don Enrique es quien es,
con mirarle se adivina!

ENCUB. Cuando mas grande es la encina,
mas sombra arroja á sus piés!

ESCENA VIII.

Dichos. GARCÉS, *foro.*

GARC. Vuestro caballo, señor,
bate el suelo de impaciencia.
ENCUB. Vamos.
ADEL. ¿Os vais? ¿Y la escolta,
dónde está?
ENCUB. Mi escolta es esta. (Golpeando la espada.)
ADEL. ¡Solo!... (Garcés... el mendigo...)
¡Escuchad! (Con ajitacion creciente.)
¿Vais á una empresa?...
ENCUB. Sí.
ADEL. ¿Fuera de las murallas?
ENCUB. ¿Por qué lo preguntas?
ADEL. ¿Fuera?
ENCUB. Sí.
ADEL. ¡No vayais! (Con terror.)
ENCUB. ¿Qué razon
lo impide?
ADEL. Es una sospecha...
un vago presentimiento
del peligro que se acerca!
ENCUB. Iré. (Dirijiéndose al foro.)
ADEL. ¡Teneos, señor;
teneos!
ENCUB. ¡Dame una prueba! (Volviendo.)
ADEL. ¡No la tengo! (Desesperada.)
TORD. ¡Don Enrique! (Dentro.)
ADEL. ¡Aquí! (Corriendo al foro.)
ENCUB. ¿Qué voces son esas?
D.ª SOL. ¡Corred, corred; detenedle! (Dentro.)
¡Mirad que su muerte es cierta!

ESCENA IX.

Dichos. DOÑA SOL, GARCÉS, TORDERA, ESPADA, ALVAR *y soldados de la ronda, entrando por la puerta del foro. Por la izquierda, dos criados con luces.*

ADEL. ¡Una mujer!
D.ª SOL. ¡Don Enrique!
(Corriendo á él y descubriéndose.)
ENCUB. ¡Doña Sol!
ADEL. (¡Oh, cielos; ella!)
(Dando un grito al oir su nombre.)

ENCUB. ¿Qué es esto?
D.ª SOL. ¡Llegué en buen hora!
¡La traicion os espera
al pié del Vernisa!
ENCUB. ¡Cómo!
TORD. (¿Oís?) (Bajo á Garcés y Alvar.)
D.ª SOL. La sortija vuestra
arrebatómela el Conde,
y empleando la violencia
hízome escribir!
ENCUB. ¡Malvado!
GARC. (¡Ah!)
TORD. (¡Yo haré que se arrepienta!) (Al grupo.)
¡Seguidme todos; seguidme!
GARC. ¿A dónde? ¿Qué es lo que intentas?
TORD. ¡Ya lo verás! Ven conmigo.
(Salen apresuradamente por el foro.)
ADEL. (¡Oh; véngate, suerte adversa!
Me debe la vida, y tú
me quitas la recompensa!)

ESCENA X.

DOÑA SOL, ADELFA, EL ENCUBIERTO, ESPADA.

D.ª SOL. Yo pude escapar, y vine
huyendo á campo traviesa
por conjurar el peligro;
y cuando ya estaba cerca
de la ciudad, una ronda
me trajo á vuestra presencia.
ENCUB. Sentáos. ¡Cuánto os admiro (La conduce al diván.)
por hermosa y por intrépida!
D.ª SOL. Alas dá el afan, si el riesgo
es el aire en que se vuela!
ENCUB. ¡Os debo la vida!
D.ª SOL. ¡No,
que estaba con vos en deuda!
Y aqui me veis, don Enrique,
tan confiada y serena,
que del aprecio en que tengo
vuestra lealtad y nobleza,
mis hechos, no mis palabras,
os darán bien clara prueba.
ENCUB. Y yo os juro por el cielo,
cuyos ojos nos contemplan,
que si merecí alcanzarla,
soy digno de mantenerla.

ESP. Señor... ¡dispensad!
ENCUB. ¿Qué ocurre?
ESP. A estos pliegos con urjencia
hay que responder.
ENCUB. Te sigo.
(Espada se vá por la primera puerta, izquierda.)
Perdonad que no os atienda
por un momento. Yo espero
que será corta esta ausencia.
Disponed de todo, aqui
en donde hasta el alma es vuestra.
(Saluda á Doña Sol, y entra por la izquierda.)

ESCENA XI.

ADELFA; DOÑA SOL.

ADEL. (¡Se aman!... ¡A mis pies ábrete, abismo!
¡Horrible traicion de las estrellas!
¡Ah: tiembla, amor! ¡El tigre de los celos
marcha sobre tus huellas!)
D.ª SOL. Esclava, acércate.
ADEL. Noble señora...
D.ª SOL. ¿Cuál es tu nombre?
ADEL. Adelfa me pusieron
por salvaje y por bella,
cuando á mi noble dueño me vendieron
en el bazar de Féz los mercaderes.
D.ª SOL. ¡Adelfa! esa es la flor de la amargura.
ADEL. ¡Las flores simbolizan las mujeres! (Lijera pausa.)
D.ª SOL. ¿Te compró tu señor há muchos años?
ADEL. ¡Muchos, y pocos son á mi deseo!
D.ª SOL. ¿Estás contenta con servirle?
ADEL. ¡Y tanto! (Con orgullo.)
D.ª SOL. ¿Crees tú... que te aprecia?
ADEL. ¡Así lo creo!
(Con seguridad. Ligera pausa.)
D.ª SOL. ¡Presagia desventura
tu nombre!
ADEL. ¿Eso creeis, noble señora?
La planta inofensiva
que en el borde sombrío
del barranco, se inclina soñadora
para mirarse en el cristal del rio,
os inspira recelo
á vos, águila altiva,
que la lumbre bebeis del claro cielo?
D.ª SOL. Me han dicho que esa flor es venenosa;
la flecha con su jugo envenenada,

puede cortar el vuelo
del águila orgullosa.
Mas esto es divagar.

ADEL. Así parece. (Con intencion.)

D.ª SOL. Hablemos, si te place, de otra cosa.
¿Nada ambicionas?

ADEL. Nada.

D.ª SOL. ¿Ni siquiera
la libertad?

ADEL. ¿Y para qué, señora?

D.ª SOL. ¡Dicen que es un tesoro!

ADEL. Yo me siento feliz, y estoy cautiva
en una jaula de oro!
Dióme la libertad mi dueño amado,
mas yo no la he querido,
y tan solo las álas he envidiado
de la paloma cuando vuelve al nido.

D.ª SOL. Luce mas su donaire
el ave libre cuando surca el viento.

ADEL. Yo no quiero mas aire
que el aire de su aliento!

D.ª SOL. (¡Estraña turbacion de mis sentidos!
¿Por qué me causa enojos
la voz de esa mujer, y por qué siento
lágrimas en los ojos?)

ADEL. (Yo cortaré tus vuelos,
volviendo contra tí, dama orgullosa,
el dardo de mis celos!) (Pausa.)

D.ª SOL. ¿Qué decias, Adelfa? (Con distraccion.)

ADEL. Que el ambiente (Con fuego.)
en que mejor respiro,
es en el que se escapa de sus lábios
envuelto en la armonía de un suspiro!
Yo le espero al volver de la batalla,
alegre y cariñosa,
y mientras deja la pesada malla,
en torno suyo giro
como junto á la luz la mariposa.
¡Cuando su frente anublan los pesares,
sufro con él, y á veces le adormezco
al són de mis cantares!
¡Cuántas veces al rayo de la luna,
mientras él suspiraba,
el viento de la noche una por una,
como un collar de perlas, deshilaba
las notas de mi cántiga moruna:
y cuántas á la luz del sol poniente,
mientras su vista vaga perseguia

en el aire un enjendro de su mente.
yo, mirándole atónita, creia
que el sol se recogia
celoso de los rayos de su frente!

D.ª SOL. ¡Adelfa!

ADEL. Y cuando el dia desmayaba
en una ola de oro,
yo caia á sus piés y murmuraba
«¡dueño mio, te adoro!»

D.ª SOL. ¡Silencio, esclava!... ¡Vete! (Levantándose.)

ADEL. (Al cabo mi ponzoña,
¡oh, dulce amor! envenenó tu herida!)
Obedezco. (¡La esclava se promete (Inclinándose.)
humillarte, rival aborrecida!) (Váse.)

ESCENA XII.

DOÑA SOL.

¡Ah, corazon! ¡Abismo misterioso!
¿Quién podrá penetrar tu negro arcano,
si eres como la noche silencioso,
si eres profundo como el Occeano?
¿Qué voz es esta que callando sube
y acaricia mi oido blandamente
como el roce ligero de un querube
que plegase sus alas en mi frente?
¿Por qué otro grito destemplado y fiero
en torno de mis sienes ronco zumba
como la voz de un pájaro agorero
cuando abate su vuelo en una tumba?
¡Este dolor, este placer estraño,
claro me están diciendo ¡justos cielos!
no sé si por mi bien ó por mi daño,
que estoy enamorada y tengo celos!

ESCENA XIII.

DOÑA SOL, EL ENCUBIERTO, ADELFA, ESPADA, TORDERA, GARCÉS, ALVAR, *soldados*. DON DIEGO *maniatado*.

VOCES FUERA ¡Victoria por don Enrique!

DIEG. ¡Menguados!

D.ª SOL. ¿Qué voz es esa? (Sorprendida.)

DIEG. ¡Viles!

ALV. ¡Atadle!

DIEG. ¡Villanos!

D.ª SOL. ¡Don Diego!
(Con terror al Encubierto que sale por la izquierda.)
TORD. ¡Tened la lengua!
(Saliendo, á don Diego.)
ENCUB. ¿Qué sucede? (Entran todos.)
TORD. Don Enrique,
para vengar nuestra ofensa,
cazamos á los traidores
en su propia madriguera.
Aquí teneis á don Diego.
ENCUB. Desatadle y que se vuelva.
(Le desatan: murmullos de descontento.)
ALV. ¡Para eso le hemos traido!
¡No pagan con tal moneda
los suyos, que nos ahorcan!
TORD. (¡Ved que la gente se queja!) (Al Encubierto.)
ALV. No hicimos caer al lobo
(Despues de consultar con el grupo de soldados, adelanta osadamente.)
dentro de la trampa aquella
para que el pastor le salve,
sino para que perezca!
ENCUB. ¿La muerte pides?
ALV. Y SOL. ¡La muerte!
DIEG. ¿Qué aguardais para obtenerla,
cobardes? ¿Pues no me veis
sin armas y sin defensa?
ALV. ¡Nos insulta todavía!
¡Mal está con su cabeza!
D.ª SOL. (¡Ah, don Enrique, salvadle!)
DIEG. ¡Y eres tú, mujer perversa, (Viéndola.)
deshonra de mi familia,
quien ha venido á perderla?
¿Qué mas quiero ver? ¡La muerte
no me hará olvidar las penas!
Venid, soldados, que dignos
sois de tamañas proezas:
¿quereis mi vida? ¡tomadla;
os la escupo con mi lengua!
¡Venid!
ENCUB. ¡Don Diego!
D.ª SOL. ¡Salvadle!
ALV. ¿No le escuchasteis? ¡Que muera!
ENCUB. ¡Atrás! ¡ay del que dé un paso!
¡Venid!
(A don Diego y doña Sol, que entran en la habitacion de la izquierda.)
¡Ay del que se atreva!...
(Entra. Tordera, Espada y algunos soldados se colocan junto á la puerta, y otros junto á Alvar en el estremo opuesto.)

ESCENA XIV.

Dichos, menos EL ENCUBIERTO, DOÑA SOL *y* DON DIEGO.

ALV. ¡Ya veis... me ciega el furor! (Al grupo.)
cuál nos ha desatendido!
Ya veis que toma partido
por los nobles! ¡Ah, traidor!
Venid, y que el pueblo entero
lo sepa. Todos vendrán
conmigo, y exigirán
que nos vuelva el prisionero.

(Salen por el foro seguidos de Tordera, Espada y los demás soldados. Adelfa y Garcés bajan hablando desde el fondo de la escena, donde habrán permanecido.)

ESCENA XV.

ADELFA, GARCÉS.

ADEL. ¿Qué es del Conde?
GARC. ¡Allí cayó!
¡Y era un buen plan! A no haber
llegado aquí esa mujer...
ADEL. ¡Ah, no me hables de ella, no!
GARC. Era la que en sueños...
ADEL. ¡Si!
GARC. ¡Cumplióse al cabo tu estrella!
ADEL. ¡Oh! ¡calla, Garces!
GARC. ¡Por ella
ha de abandonarte!
ADEL. ¡A mí!
¡Imposible!
GARC. ¡Y tú despues, (Con ironía.)
humillada y con rubor,
irás á ofrecer tu amor
para alfombra de sus piés!
ADEL. ¡Oh! ¡nunca!
GARC. ¡No hay esperanza!
y en cuanto á mi amor...
ADEL. ¡Espera! (Vivamente.)
¡Hoy descubro una manera
de amarte!
GARC. Dí.
ADEL. ¡Por venganza!
GARC. ¡Tuyo soy! ¡vengarte quiero! (Con vehemencia.)
ADEL. Quede nuestro pacto así.
De tu afecto para mí,

dame una prueba primero.

GARC. Manda.

ADEL. Que verdad me digas.

GARC. Lo juro.

ADEL. Garcés, responde:
¿á quién escribiste?

GARC. Al Conde. (Sin vacilar.)

ADEL. ¡Al Conde!

GARC. Y vé que te obligas; (Sonriendo.)
porque ya media un secreto
entre los dos.

ADEL. Bien guardado
será.

GARC. Cumplí lo pactado,
y á otra prueba te someto.
Por lograr ese papel,
despues que por su ancha herida
exhaló el Conde la vida,
llegué corriendo hasta él.
Encontré lo que buscaba,
y á más este documento.
(Saca un pergamino del pecho y se lo entrega.)
Tómalo: en tu pensamiento
cuidadosamente graba
las palabras que te digo:
Si te es don Enrique fiel,
dispon como gustes de él:
si se torna en tu enemigo
el escrito romperás;
despues... despues...

ADEL. ¡Fia en mí!
Prometo cumplirlo así!

GARC. ¡Entónces mia serás!
Aquí nuestro pacto empieza;
pacto que mi dicha labra.
¡Adelfa; de tu palabra
me responde su cabeza! (Váse por el foro.)

ESCENA XVI.

ADELFA.

¡Necio, que entre las redes de mi astucia
te dejaste prender, vete en mal hora!
¡Tenga yo tus secretos, miserable,
que tu menguado amor poco me importa!
Veamos qué contiene el pergamino.
(Se aproxima á la luz y lo examina.)

¡Oh cielos! ¡Oh placer! ¡Oh suerte loca!...
¡Un reconocimiento!... ¡Aqui la reina
firma, y el Cardenal, en toda forma!
¡Don Enrique! tu suerte está en mi mano!
¡Con mi mano sostengo la corona!
¡Te acusan de impostor! ¡Mienten! ¡Yo tengo
la prueba! la verdad me dió su antorcha!
Ella por gratitud salvó su vida;
yo, por amor, le volveré la honra!
(Se dirije hácia la habitacion del Encubierto, y luego se detiene.)
¡Ah, doña Sol! ¡no goces en tu triunfo,
que aun se encuentra indecisa la victoria!

ESCENA XVII.

ADELFA, DOÑA SOL, DON DIEGO *y* EL ENCUBIERTO *por la izquierda.* TORDERA, ESPADA *y* GARCÉS *por el foro.*

VOCES FUERA ¡Muera el prisionero!
VOCES. ¡Muera!
D.ª SOL. ¡Salvadle, señor! (Saliendo.)
ENCUB. ¿Qué pasa?
ADEL. Está cercada la casa. (Desde la ventana del foro.)
DIEG. Ved que el pueblo se exaspera! (Con ironía.)
TORD. Don Enrique...
ENCUB. Entrad, entrad:
decid qué sucede, amigos.
ESP. Que tambien hay enemigos
aquí dentro, en la ciudad.
ENCUB. ¿Qué piden?
TORD. El prisionero,
y os acusan de tibieza.
ENCUB. ¡Bien! Cabeza por cabeza,
la mia obtendrán primero!
D.ª SOL. ¡Callad! (Con espanto.)
ENCUB. Peripecias son (Sonriendo.)
de la fortuna inconstante!
¡Florencia desterró al Dante;
Roma despidió á Caton!
D.ª SOL. Y si para nuestro mal,
tras esa doctrina nueva
sucumbe el pueblo en la prueba,
¿qué os resta de ese ideal?
ENCUB. ¡La esperanza!... bien que alcanza
al hombre mas desvalido!
¡Cuando todo se ha perdido
aun nos queda la esperanza!

GARC. Ved cómo arrecia el motin.
(A doña Sol y don Diego junto á la ventana.) (Crecen fuera las voces.)
ENCUB. (Le fio á vuestra amistad. (A Tordera.)
Sacadle de la ciudad
por la mina del jardin.)
GARC. (¡Hay una conjuracion: (Rápido á Adelfa.)
si no entrega el prisionero...
lo juramos, yo el primero;
morirá sin remision!)
ADEL. (¿Es cierto?)
GARC. (¡Cierto!)
ADEL. (Garcés,
promete no intentar nada
sin verme!)
GARC. (¡Serás vengada!)
ADEL. (Aquí te espero despues.)
ENCUB. Tranquila podeis estar.
(Conduce á doña Sol y á Adelfa á la primera puerta de la izquierda. Entran.)
Adios, don Diego, partid.
(A Tordera y don Diego junto á la puerta del jardin.)
DIEG. ¡Cuán mal os juzgaba! (Confuso. Entran.)
ENCUB. Abrid
(Dirigiéndose á Espada y Garcés.)
las puertas de par en par. (Salen los dos por el foro.)

ESCENA XVIII.

EL ENCUBIERTO; *luego* GARCÉS, ESPADA, ALVAR, MARTIN PONCE, *soldados aventureros y gente del pueblo.*

ENCUB. Lleguen á mí esos ilusos
que contra su bien pelean.
Lleguen; aquí les espero
para defender la idea,
con la razon por espada,
por escudo la conciencia.
(Entran todos en tumulto. La gente del pueblo, con Martin Ponce al frente, se colocan en segundo término y mas cerca del Encubierto.)
VOCES. ¡Castiguemos los traidores!
ALV. ¡Muera el prisionero!
TODOS. ¡Muera!
ENCUB. ¿Ha llegado el enemigo (Dirigiéndose á ellos.)
delante de nuestras puertas?
¿Con ese apresto marcial
caminais á la defensa?
¿Dónde están vuestras espadas?
¿Dónde están vuestras banderas?
¡Algunos puñales veo

salir de la vaina á medias!
¿Las armas de los cobardes
pensais emplear? ¡Oh, mengua!
La libertad asombrada
os mira, duda, se aleja,
cubre el rostro con su túnica,
porque en su espanto no acierta
si vais para asesinarla,
ó vais para defenderla!

ALV. ¡Para vengarnos venimos
de todo el que nos ofenda!
¡El prisionero! ¡Entregadle!

ENCUB. ¿A quién infirió la ofensa?

ALV. ¡A vos!

MAR. ¡A vos!

ENCUB. Si fué á mí,
yo debo vengarme de ella.

MAR. Es justo.

ALV. ¡No!

MAR. ¡Es justo!

ALV. ¡No!

ENCUB. Pues por ser justo, se encuentra
en libertad.

ALV. ¡Ah, traidor!
¡En libertad!

ENCUB. ¡Ten la lengua!
¡Los traidores sois vosotros,
que así ocasionais la pérdida
de la más sublime causa,
de las mas santas ideas!
Dad armas á la calumnia
para que despues nos hiera!
¡Venid, ya que el enemigo
está llamando á las puertas;
deshonrad la Germanía,
ensangrentaos en ella,
para que digan mañana
las edades venideras
que esto fué un nido de buitres,
que esto fué un cubil de hienas!

ALV. ¡Diga de los nobles eso,
que los nobles bien se vengan!

ENCUB. Por protestar de su infamia
les declaramos la guerra:
si hacemos lo mismo que ellos,
¿dónde está la diferencia?

ALV. En fin...

ENCUB. ¡Calla, mercenario, (Con desprecio.)

desertor de sus banderas,
que si á las nuestras te acojes
es para manchar las nuestras!
¡Vete! ¡Solo con tu vista
la indignacion me subleva!
Pueblo, que sufres al malo,
y le aplaudes ó toleras,
yo no puedo ser tu jefe
porque me causa vergüenza!
En tus filas he luchado,
deja que á tus filas vuelva.
Prefiero morir oscuro
soldado, por mis ideas,
que ser rey de un pueblo imbécil,
que obedece, calla, y tiembla!

ALV. ¡Venguémonos!

(A los soldados. Los del pueblo se colocan junto al Encubierto.)

ESP. ¡Miserable! (Deteniéndolo.)
¿Quieres causar nuestra afrenta?
¿Somos asesinos, dí?

MAR. ¡Más vale que combatieras
por la Germanía! ¡Infame!

ALV. (¡Garcés!)

(Bajo á él: este responde con una mirada afirmativa.)

GARC. (¡Corre por mi cuenta!)

MAR. ¡Él nos deshonra! ¡Prendedle!

ESP. El pueblo de vos espera (Al Encubierto.)
su salvacion.

ENCUB. Siendo el pueblo,
pronto estoy á su defensa!

MAR. ¡Viva don Enrique!

TODOS. ¡Viva!

ESP. ¡Mueran los traidores!

TODOS. ¡Mueran!

(Salen todos llevando maniatado á Alvar.)

ESCENA XIX.

EL ENCUBIERTO, DOÑA SOL *y* ADELFA *por la izquierda*: TORDERA *por la puerta del jardin.*

D.ª SOL. ¡Ah, don Enrique!

ENCUB. Llegad,
que ya cesó la tormenta,
y en vuestros ojos la lluvia
dejó las últimas perlas.
Sonreid como la aurora

(Conduciendo á doña Sol hasta el divan.)

entre las nubes bermejas.
El sol de vuestra alegría
hasta el alma me penetra.

D.ª SOL. ¡Bien ponderais! (Sonriendo.)

ADEL. (¡Cuánto sufro!)

TORD. Señor, cumplido. (Saliendo.)

ENCUB. Tordera,
¿y don Diego?

TORD. En libertad.

D.ª SOL. ¡Ah! (Con alegría.)

ADEL. (¡Cielos!) (Con espanto.)

TORD. En las trincheras
del campamento enemigo
le dejé.

D.ª SOL. ¡Gracias! (A Tordera.)

ENCUB. ¿Qué nuevas
me traeis?

TORD. Todos están
dispuestos á la pelea.
Llegó el Virey con refuerzos.

ENCUB. En este combate arriesgan
su triunfo las Germanías,
el pueblo su independencia,
los nobles sus privilegios,
yo mi trono y mi cabeza.

ADEL. Señor, si la suerte viene
á coronar vuestra empresa
olvidáos de la esclava;
mas si es la fortuna adversa,
contad conmigo. ¡Sé amar;
sé morir!

ENCUB. ¡Gracias, Adelfa!
Haced que salgan las rondas, (A Tordera.)
duplicad los centinelas,
mandad espías al campo
enemigo, tened prestas
las gentes, por si esta noche
preparan una sorpresa.

TORD. Descuidad.

ENCUB. Ya sé que en celo,
valor, lealtad, prudencia,
y amor á las Germanías,
nadie os iguala, Tordera. (Váse Tordera.)

ESCENA XX.

EL ENCUBIERTO, DOÑA SOL, ADELFA.

ENCUB. Pláceme veros tranquila. (Sentándose junto á doña Sol.)
D.ª SOL. ¿Cómo no estarlo, señor,
bajo el sereno valor
que alumbra vuestra pupila?
ENCUB. Sufro de veros inquieta.
Quisiera, por alegraros,
dejar la espada y cantaros
con el arpa del poeta.
D.ª SOL. ¡Hariais mal!
ENCUB. No por Dios:
¿quién mejor lo merecia?
ADEL. ¡Los poetas algun dia
puede que os canten á vos!
ENCUB. ¡Oh! ¡Cuál tu afecto exajera!
ADEL. (Veo la ocasion llegada;
¿por qué temblar? ¡Todo ó nada!)
ENCUB. Por complacerme, quisiera
que contases una historia
de tu pais. Asi intento (A doña Sol.)
distraeros.
ADEL. (¡Qué tormento!)
ENCUB. Yo recurro á tu memoria.
ADEL. Estoy pronta á obedecer
vuestros mandatos, señor.
(¡Inspírame, ciego amor!)
D.ª SOL. (¡Aborrezco á esta mujer!)

(Adelfa adelanta algunos pasos, y despues de un momento de pausa, comienza el relato.)

ADEL. Como las olas contra el escollo,
contra los montes el huracan,
sobre la tribu de los Venegas
cayó la tribu de Beni-Asan.
Entre las chispas de los aceros,
revuelto el brazo con su alquicel,
sobre los pechos de los cadáveres
hundiendo el callo de su corcel;
Zaide se arroja en la pelea
como un meteoro sobre la mar,
en pós dejando sangriento surco
donde la muerte siega al azar.
Detrás del jefe de los Venegas,
muere y combate el viejo Alí;

combate y muere como los bravos,
los de su tribu caen así!
¡Pero aquel dia fué su derrota!
El mismo Zaide perdió el corcel.
Alí le grita:—«¡Zaide, yo muero!
¡monta en el mio; sálvate en él!»
—«¡Ese tesoro, que es de tus hijos,
iré á entregarles!»—«Óigate Alá!»
—«¡Yo te lo juro!»—«¡Tranquilo muero!
¡Si Zaide jura, lo cumplirá!»
Monta de un salto sobre la grupa,
embiste ciego de ira y dolor,
su cimitarra corta cabezas,
cual corta espigas el segador;
hasta que herido, roto, deshecho,
mientras su tribu huye en tropel,
apostrofando su cobardía
cayó de espaldas sobre el corcel! (Pausa.)

Es una noche, noche sin luna;
allá en la sombra ruge el jagüar;
brillan sus ojos en el desierto;
duermen los árabes en el aduar.
La mortecina luz de la hoguera
oscila, muere, se apaga al fin,
mientras tres sombras hablan muy bajo
del campamento en el confin.
—«¡Yo he desatado tus ligaduras;
tú aprisionaste mi corazon!
¡Zaide, mañana vendrá la aurora:
para mi crímen no habrá perdon!»
—«¡Señor, oidme! ¡Vuestras heridas
curé, y os amo con frenesí!
¡Señor, llevadme! Vos sois la aurora
de mis amores desde que os ví!»
—«¡Yo soy la dueña!»—«¡Yo soy la esclava!»
—«¡Salvé su vida, le doy mi amor!»
—«¡Mi amor le entrego; curé su herida;
su corcel traje, salvé su honor!»
—«¡Yo soy su dueña!»—«¡Yo soy su esclava!»
¡Señor, elige! (Adelando un paso hácia el Encubierto.)

ENCUB. (¡Qué es esto!) (Rápido.)

D.ª SOL. (¡Oh, Dios!) (Rápido.)

ADEL. ¡Llegó la hora! ¡llegó el instante!
(Con agitacion creciente.)
¡Señor, elige! ¿Cuál de las dos?

D.ª SOL. ¡Una salvó al prisionero!

ADEL. ¡Otra el corcel le ha traido!

ENCUB. Ó amante, ó agradecido.
D.ª SOL. ¿Qué elegís vos?
(Clavando en él los ojos. El Encubierto vacila.)
ENCUB. ¡Lo primero! (Pausa.)
ADEL. Zaide, callando, cogió á la hermosa; (Con amargura.)
púsola luego sobre el arzon...
partió... y la esclava sintió en el pecho
todos los pasos que dió el troton!
¡Negra es la noche, noche sin luna;
la esclava llora gotas de hiel,
mientras galopan hácia el desierto
la hermosa y Zaide con su corcel!
ENCUB. «¡Basta, recobra la calma,
»y deja esa historia ruda!
D.ª SOL. »¡Es que la tiene sin duda (Con ironía.)
»impresa dentro del alma!
ADEL. »¡Lloró el desprecio, sintió el ultraje (Con fuego.)
»que hirió vibrando su corazon;
»corrió frenética, y el campamento
»oyó sus gritos: «¡Traicion, traicion!»
»Cual fieros tigres saltan los árabes
»sobre sus armas, corren detrás,
»y cuando Zaide la espuela hundía,
»silbaba el plomo que corre más!» (1)
¡Pronto la sombra les fué envolviendo!...
Rugió la esclava como un leon; (Creciendo y con tono
sopló en la hoguera, saltó la llama, amenazador.)
saltó la llama y ardió el tizon!
Llevó el incendio de tienda en tienda,
su ira al cabo tornó en volcan,
y fué la antorcha de su venganza
el campamento de Beni-Asan! (Pausa.)
D.ª SOL. ¡Ya es tarde! (Levantándose.)
ENCUB. (¡Qué inoportuna!) (Levantándose.)
D.ª SOL. Hermoso jardin, señor,
(Se dirige hácia la ventana que dá al jardin.)
y está respirando amor
con el beso de la luna!
ADEL. (¡Ah, don Enrique!)
ENCUB. (¡Dejadme!)
D.ª SOL. ¡Ved qué silencio, qué calma!
ENCUB. (¡Qué contraste con mi alma!)
ADEL. (¡Señor, señor, escuchadme!) (A él.)
D.ª SOL. ¿Decís que al nacer el dia
seré vuestra esposa?
ENCUB. Sí. (Aproximándose.)

(1) Estos versos entrecomados se pueden suprimir en la representacion.

¿Qué es lo que mirais?
D.ª SOL. Creí... (Con un suspiro.)
¡soñaba que amanecia!
ADEL. (¡Sea por la vez postrera!
¿Quereis escucharme?) (A él.)
ENCUB. (¡No!)
ADEL. (¡Él su sentencia firmó!)
D.ª SOL. Vamos, don Enrique.
(Se apoya en su mano y se dirigen hácia la puerta del jardin.)
ADEL. Espera,
señor, espera!
ENCUB. (¡Infeliz!) (Conmovido: saliendo.)

ESCENA XXI.

ADELFA: *luego* GARCÉS.

ADEL. ¡Ah! ¡cuánto daño me has hecho!
¡Salga el amor de mi pecho
arrancado de raiz!
¡Tú en brazos de una rival!
Esa palabra «mañana,»
me suena cual la campana
que dobla en el funeral!
¡Yo me vengaré! Tu honor
guardaba este documento...
(Lo saca del pecho, lo rasga, y echa los trozos por la ventana.)
GARC. ¿Qué haces? (Entrando.)
ADEL. ¡Arrojar al viento
las cenizas de mi amor!
GARC. Míralos en el jardin, (Con calma.)
debajo de las palmeras.
ADEL. ¡Soy tuya! ¡Corre! ¿qué esperas?
¡Hiere!
GARC. ¿Lo mandas al fin? (Con feroz alegría.)
No abandones la ventana.
¡Van á morir!
ADEL. ¡Mátales! (Con desesperacion.)
¡Vá á morir!
(Sonriendo. Garcés desnuda el puñal y se dirige hácia la puerta. Adelfa varía de espresion, dá un grito y esclama precipitándose sobre Garcés y deteniéndole.)
¡Garcés; Garcés!
¡No le mates! no! mañana!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Ámbito de las murallas. A la derecha una capilla gótica en segundo término, y en tercero, trozos salientes de muralla. En el fondo la esplanada de un torreon, muros, y lejos de nubes y montañas. Un banco de piedra.

ESCENA I.

GARCÉS.

Todo duerme en cuanto alcanza
la vista. ¡Felices son!
¡Duerme el miedo y la esperanza...
mas no duerme la venganza
dentro de mi corazon!
¡Al fin te veo acabar
noche de insomnio cruel!
¡El dia que vá á empezar
debe tan solo brillar
ó para mí, ó para él!
¡Adelfa anoche juraba
vengarse!... ¡Cuánto le amaba!
¿Será verdad su entereza?
¡Ah! ¿quién sabe dónde acaba
el amor, y el ódio empieza?
Mas... ¡su mudanza me asombra!
Quiero en su afecto creer,
¡y tiemblo cuando le nombra!
¡La duda es como la sombra;
siempre vuelve á renacer!
¡Con mis proyectos se hermana
su cámbio: resuelto estoy!
¡La ambicion todo lo allana!

Mañana dijo; ¡mañana!
¡Ya esperé! ¡Mañana... es hoy! (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

EL ENCUBIERTO, TORDERA *y* ESPADA *por la derecha.*

ENCUB. ¿Decís, Tordera, que al nacer la aurora
comenzará el asalto?
TORD. Los espías
lo afirmaron así.
ENCUB. Teneos prestos.
Mis órdenes cumplid.
ESP. Serán cumplidas.
TORD. Cuentan con la sorpresa.
ENCUB. La sorpresa
mi aliada será, no mi enemiga!
Ya se acerca el instante. Al horizonte
asoman ya las nubes blanquecinas...
Id, Espada, y el triunfo de los buenos
la luz alumbre del cercano dia.
(Váse Espada por la izquierda.)
Quedáos vos, Tordera, y dispensadme
que os ocupe de mí; mas se aproxima
la hora del combate, y mis deberes
me reclaman. (Si pierdo al fin la vida,
quede á salvo su honor!) Llegad, amigo,
á doña Sol que aguardará intranquila;
decidle que apresure su llegada,
que todo en esa próxima capilla
está dispuesto, y que impaciente aguardo
llamarme suyo por llamarla mia!
(Váse Tordera por la izquierda primer término.)

ESCENA III.

EL ENCUBIERTO.

Todo yace en silencio. La esperanza
me alegra el corazon. ¡Cómo palpitas
blanca paloma que á mi pecho traes
nuncio de paz la misteriosa oliva!...
Ella será mi esposa, y en su frente
ceñiré la diadema! Largos dias
de paz discurrirán para mis reinos!
Amar y hacer el bien, ¡qué mayor dicha!
UN CENTI. ¡Alerta!
OTRO (lejos). ¡Alerta!
ENCUB. ¡De mi sueño breve

me despierta esa voz! El rayo vibra
dentro la oscura nube. ¡Cuántos pechos
arderán con el fuego de la ira!...
El dia se levanta. Ya sus párpados
cerraron las estrellas mortecinas;
el cadáver celeste de la luna
se hunde en el seno de la noche fria.
¡Oh, terrible momento! ¡Pronto, pronto
comenzará la lucha fratricida!
Ya los soldados se alzarán riendo
del lecho en que reposan sus fatigas.
¡Oh! ¡cuántos al nacer la nueva aurora
llegarán al ocaso de su vida!
Fértiles huertas que surcó el arado,
montes que al cielo levantais la cima,
estremeceos de terror! ¡La guerra
avanza, y con la guerra la ruina!
¡Sobre los campos con afan sembrados
los muertos caerán para semilla;
como las amapolas en los trigos
brotarán en sus pechos las heridas,
y en los charcos de sangre reflejadas
se mirarán temblando las espigas!
¡Es fuerza! ¡Dura ley! ¡Todo en la tierra
por misteriosos trámites camina!
¡Nazca del mal presente el bien futuro!
¡Arbol de libertad! ¡Como la encina
que desgaja el turbion, hunde en el suelo
tus codos, que cobrando nueva vida,
el bosque formarán con cuyas ramas
el mundo entero cubrirás un dia!

ESCENA IV.

EL ENCUBIERTO. GARCÉS.

GARC. (Echada la suerte está;
propicio el sitio y la hora:
no me abandones ahora,
brazo, ayúdame.) (Adelantando cautelosamente.)
ENCUB. ¡Quién vá!
GARC. (¡Me ha descubierto!)
ENCUB. ¿Quién es,
y qué busca por aquí?
GARC. Busco á don Enrique.
ENCUB. (¿A mí?)
¿Cuál es tu nombre?
GARC. Garcés.

ENCUB. ¡Garcés, avanza! Soy yo.
¿Qué me quieres? ¿Es alguna
noticia? Dí.
GARC. ¡Qué fortuna!
¡Ah! ¿no estais herido?
ENCUB. No.
GARC. ¡Gracias al cielo!
ENCUB. ¿Pues qué?
Temiste...
GARC. ¡Mucho temí!
ENCUB. Más ¿qué es ello?
GARC. Descubrí
un complot, pero llegué
á tiempo para evitarlo.
Ya la trama estaba urdida.
ENCUB. Se trata...
GARC. ¡De vuestra vida!
ENCUB. ¡Bah! (Con desprecio.)
GARC. Mas yo sabré evitarlo.
ENCUB. ¿Es la gente del Virey?
¡Qué rasgo de fortaleza!
Puso precio á mi cabeza...
yo la vendo... en buena ley.
GARC. Es mas grave lo que pasa.
ENCUB. ¿Qué dices?
GARC. Digo, señor,
que quien os guarda rencor,
vive en vuestra propia casa.
ENCUB. ¡Mientes, Garcés!... Es tu afan,
es tu afecto el que habla así.
¿Quién ha de matarme á mí?
¡Enemigos! ¿Dónde están?
¡Si algun agravio causé
fué mi voluntad agena;
si al fuerte impuse una pena
con el débil la escusé,
que siempre quise, mejor
que usar de severidad,
atar una voluntad
con los lazos del amor!
GARC. Hay álguien que os aborrece
y os sigue por donde vais;
álguien que cuando brillais,
con vuestra luz se oscurece;
álguien que sube hasta vos
cual trepa la yedra al muro,
y os matará, estad seguro,
aunque perezcais los dos.

ENCUB. Calla, Garcés, que al oirte,
siento en el alma tristeza!
GARC. Disponeis de su cabeza. (Con ironía.)
Ordenad.
ENCUB. ¿Qué he de decirte?
Tanto, tanto me afligió,
que no me atrevo á creerlo!
GARC. Su nombre... ¿quereis saberlo?
ENCUB. ¡Ah! ¡calla!
GARC. ¡Muere! ¡Soy yo!

(Garcés al decir «muere» desenvaina la daga y se precipita hácia el Encubierto, que habiendo retrocedido por no oirle, puede coger su brazo al aire.)

ENCUB. ¡Ah!
GARC. ¡Maldicion!
ENCUB. ¡Asesino!
GARC. ¡Soltad!
ENCUB. ¡Infame!
GARC. ¡Soltad!
ENCUB. ¡Oh! Dime, ¿quién en mitad
te arrojó de mi camino? (Le arranca el puñal.)
GARC. ¡Perdon! ¡Soltadme; perdon! (Cae de rodillas.)
ENCUB. ¡Tanto miedo de morir,
y tal corage al herir
á quien fué tu bienhechor!
¡Levántate! ¡Ven conmigo! (Se aproximan á la muralla.)
¡No mires con ánsia tal,
que es arma noble un puñal
para tan vil enemigo! (Lo arroja.)
GARC. ¡Perdon!
ENCUB. ¡Qué necio arrebato!
GARC. ¡Soltadme!
ENCUB. ¡Qué ciego encono!
¡Por la traicion, te perdono!
¡Por la ingratitud, te mato!

(Levanta en alto á Garcés y lo arroja por la muralla hácia el último término. Se oye un grito de Garcés. El actor hará de modo que se comprenda más bien que se vea la accion.)

ESCENA V.

EL ENCUBIERTO. ADELFA, *por la derecha.*

ADEL. ¡Nadie! ¡Creí escuchar hácia este sitio
rumor de voces; pero llego, y nada!
¡Es la imaginacion, es la locura
que dentro del cerebro bulle y habla!
¿Qué hacer? ¿Cómo salvarle? Es imposible
que desista Garcés! Corred, ¡oh lágrimas!...

¡Llorar; llorar es poco! Y el peligro
aumenta! ¡Si Garcés dejó su estancia
fué con siniestro fin! ¿Dónde encontrarle?
¡Qué angustia! ¡qué terror! Y si le mata,
tú has armado su brazo, mujer débil,
que es tu amor quien empuja su venganza!
¡Alguien llega!... ¡Garcés!... (Adelantando.)

ENCUB. (¿Qué significa...
¡Una mujer!...) (Ocultando el rostro.)

ADEL. ¡Garcés!

ENCUB. ¿Por qué me llamas?

ADEL. ¡Al fin pude encontrarte! ¿Y don Enrique?
¿Vive aun?

ENCUB. Sí.

ADEL. ¿De veras? ¿no me engañas?

ENCUB. No. (¡Es Adelfa!)

ADEL. Perdona mi alegría,
perdóname, Garcés. ¿Por qué te apartas?
Al cabo soy mujer, y le he querido!
¡Segura estoy de que al coger el arma
con que has de herirle, temblará en tu mano,
y te darán impulsos de arrojarla!
Porque tú, tú tambien, ¡cuántos favores
le debes!... ¿no me escuchas?... La batalla
se debe dar hoy mismo! Allí... ¿quién sabe?
puede morir.... y libras de una carga
terrible á tu conciencia!... ¿No respondes?
¿No piensas como yo? ¿Por qué te callas?
¿Insistes en matarle?

ENCUB. Sí.

ADEL. (¡Malvado!)
Escúchame, Garcés; tengamos calma!
Acuérdate de anoche. ¡Por los celos
me sentí enloquecida, arrebatada;
te prometí ser tuya, y tú vengarme!...
Pues ahora bien; retira tu palabra,
prométeme su vida, y toma en cámbio
cuanto poseo; el oro, las alhajas,
todo es tuyo! ¡Responde!

ENCUB. ¡No!

ADEL. ¡Te juro
seguirte por doquiera que tú vayas!
¡Si fuí para tu amor siempre orgullosa,
de hoy más seré tu agradecida esclava;
si me quisiste ayer indiferente,
mírame al fin rendida y humillada!
¡Yo le adoro, Garcés! ¿Por qué negarlo
cuando en los lábios me rebosa el alma?

¡Yo le adoro! y al ver en un momento
que otra mujer su amor me arrebataba,
el vértigo me dió, la sed de sangre
que sienten las panteras africanas!
¡Mas ay! ¡sobre el incendio de la ira
cayó todo el torrente de mis lágrimas!
¡Viva en buen hora! ¡Pero lejos, lejos
condúceme de aquí! ¡Que su mirada
no me encuentre, y quizá de mi memoria
borre algun dia las candentes páginas!
Vivo, podré llegar á aborrecerle;
pero muerto, jamás! Véme á tus plantas;
toma en cámbio mi vida por la suya,
mas advierte que muero si le matas!

ENCUB. (¡Cuánto amor!)

ADEL. ¿Qué me dices? Tu silencio,
tu impávido silencio, ¿qué presagia?

ENCUB. (Apuraré la prueba?...)

ADEL. Ni es de roca
tu corazon! ¡Las rocas se quebrantan,
(Con desesperacion.)
mas no tu voluntad! ¿Aquí le esperas?...
(El suele dar la ronda á las murallas...
Este sitio desierto... no, no hay duda!)
¡Mírame de rodillas! ¿no te apiadas?...
¿Qué más puedo decirte?... ¡Por tu madre,
por tu madre, Garcés!

(Apoya las manos en el suelo, y encuentra el puñal que arrojó el Encubierto.)

(¿Qué es esto? ¡Un arma!
Es Dios ó es el infierno quien la envia?) (Levantándose.)
¡Don Enrique! ¡es Adelfa quien te salva!
(Hiere al Encubierto.)

ENCUB. ¡Oh! ¿Qué has hecho, infeliz?

ADEL. (Con terror.) ¿Qué voz es esa?
¡Mi sangre es toda hielo! ¡habla, habla!
¿Quién eres? Dí! ¿Quién eres?... ¡no lo digas!

ENCUB. ¡Adelfa! (Descubriéndose.)

ADEL. ¡Don Enrique! (Con un grito supremo.)

ENCUB. ¡Desdichada!

ADEL. ¡Mentira! ¡no sois vos! ¡es el delirio!

ENCUB. ¡Es la realidad! ¡Es mi desgracia
la que empujó tu mano!

ADEL. ¿Vuestra sangre
pude verter? ¡Qué horror! ¡todo me espanta!
¿Mi mano? ¡no es mi mano! ¡Pronto, dadme,
dadme vuestro puñal para cortarla!

ENCUB. ¡No le arranques, Adelfa, de la herida,
que por la herida se me sale el alma!

ADEL. ¿Morir? ¡morir! ¡Socorro! ¡á mí! ¡Socorro!
¡Acudid!
TORD. ¿Qué sucede? (Dentro.)
ADEL. Sin tardanza
llegad, corred! ¡Favor á don Enrique!

ESCENA VI.

Dichos, TORDERA, DOÑA SOL *acompañada de damas y pajes, salen apresuradamente.* DON ENRIQUE *se reclina sobre unas piedras. Amanece.*

D.ª SOL. ¿Qué dice esa mujer?
TORD. ¿Qué es lo que pasa?
D.ª SOL. ¡Adelfa! (Saliendo.)
ADEL. ¡Sí, yo soy! ¡Miradle!
D.ª SOL. ¡Oh, cielos!
(Precipitándose hácia él.)
¡Herido! (Cayendo á sus piés.)
ENCUB. ¡Doña Sol!
(A Tordera que le mira consternado.)
¡No hay esperanza!
TORD. ¡Decid quién fué el infame y que perezca!
¡Su nombre!
ENCUB. ¡No!
ADEL. ¡Sabedlo!
ENCUB. (Incorporándose, con imperio.) ¡Adelfa, calla!
ADEL. ¡Señor!...
ENCUB. ¡Yo te lo mando! ¡le perdono!
ADEL. ¡Ah! (Se oye á lo lejos la diana del campamento.)
ENCUB. ¿Qué rumor es ese? ¡La diana!
¡Esta es la hora!

ESCENA VII.

Dichos, ESPADA, *soldados de los tercios, gremios con sus estandartes, hombres y mujeres del pueblo armados diversamente.*

TODOS. ¡Viva don Enrique!
ESP. ¡Mas qué miro! ¿qué indican esas lágrimas?
¡Señora!...
TORD. ¡Le han herido!
(Sensacion en la muchedumbre.)
ESP. ¿Será cierto?
¡Dia fatal!
TORD. ¡Presagio de desgracia!
ENCUB. ¡No! ¡no desconfieis! Que si la vida
me abandona, la idea está sembrada.

¡Nada importa mi muerte! La tormenta
si alguna vez los árboles desgaja,
siempre fecunda el suelo, donde el hombre
la miés bendita cortará mañana!...
¡Sostenedme! ¡Venid! (A doña Sol y Adelfa.)
(¡Pierdo las fuerzas!)
Oidme, doña Sol. ¡Por vos me espanta
el morir! ¡Tengo miedo... de no veros!

D.ª SOL. ¡Callad, callad; porque el dolor me mata!

(Se oye más cercano el toque de clarines: confusion entre los agermanados.)

ESP. ¡Ya llega el enemigo!

MAR. ¡Germanía!

TORD. ¡Al combate!

ESP. ¡Corramos!

TORD. ¡A las armas!

ENCUB. ¡Sí! ¡Yo os conduciré, que aun tengo aliento!
¡Brille en mi diestra victoriosa espada!
(Incorporándose.)
¡Para la libertad de los humanos
veo lucir el resplandor del alba!...
(Los soldados coronan las murallas y se disponen al combate.)
¡Adios!... ¡cumplí en la tierra mi destino!
¡Muero!... soy libre... y llevo la esperanza! (Muere.)

D.ª SOL. ¡Muerto! (Cae desmayada en brazos de las damas.)

ADEL. ¡No! Vive aquí!... ¡Tu voz escucho!
¡Es la voz de la muerte que me llama!
¡A tí voy! ¡No hay poder que te separe
vivo ni muerto de tu fiel esclava!
¡Soldados, al combate!

TORD. ¡A la victoria!

ADEL. ¡A morir!

TORD. ¡A vencer!

ADEL. ¡A las murallas!

(Animacion: cuadro final. Telon.)

FIN DEL DRAMA.

3 0112 117472529